

Travesías

Carril quechua entre Ullum y Gualilán



Antiguo horno de cal que funcionó hasta mediados del siglo XX.

Las antiguas minas de oro de Gualilán se explotaban en tiempo de los incas. Sus tambos, los marayes y los restos de ceramios de aquella época así lo confirman. No se sabía sin embargo hasta hoy por dónde la mano de obra indígena y el avituallamiento indispensable alcanzaban las minas. Con una travesía de cinco días a caballo, REVISTA OH! ahora acaba de develar el misterio.

Por Antonio Beorchia Nigris

Esta es una añeja historia. Desde los años sesenta venía yo rumiando el proyecto de cabalgar desde Ullum hasta las antiguas minas de oro de Gualilán, para intentar ubicar el probable carril del Inca que unió ambas localidades. Por entonces había visitado el tambo llamado "La Toldería", construido sobre una plataforma natural cercana a los manantiales llamados "Cabeceras del Agua", en el Departamento Ullum.

Fue en 1969, durante un breve trabajo de prospección arqueológica organizado por el profesor Mariano Gambier -a cargo entonces del incipiente Museo Arqueológico de la Universidad Domingo Faustino Sarmiento- cuando fotografié por primera vez ese tambo, cuya filiación incaica ha sido luego sobradamente demostrada en las páginas de DIARIO DE CUYO (1). Ultimamente el doctor Roberto Bárcena, arqueólogo de la UNC, lo describió publicando también un plano del mismo (2). Sin embargo, a pesar de los estudios realizados, nadie había demostrado su necesaria conexión con la vasta red de los caminos incaicos -muchos reciclados sobre la preexistente red ca-

minera indígena- que cubría hace 500 años casi toda la provincia de San Juan. Tampoco se había ahondado en el porqué de su solitaria presencia en una zona tan baja, aparentemente desconectado del contexto de tambos y tambillos conocidos y sin una razón racional que lo justificara. Intentaré pues aclarar aquí el misterio.

"Las Tolderías" de Ullum

La red caminera incaica fue tan famosa que obligó a los cronistas españoles a reconocer su imponente trascendencia. Pedro Cieza de León, uno de los historiadores más serios y objetivos, nos dice: "Había en el tiempo de los Incas un camino Real hecho a manos y fuerza de hombres, que salía de esta ciudad (se refiere a la ciudad de Quito) y llegaba hasta la del Cuzco, de donde salía otro tan grande y soberbio como él, que iba hasta la provincia de Chile, que está del Quito más de mil y doscientas leguas" (3). Después de cumplir con sus deberes militares, Cieza de León tomaba apuntes, interrogaba indios y anotaba sus costumbres y cuanta noticia fuese de interés. "Mientras los otros descansaban, cansaba yo escribiendo", confiesa en una de sus obras. Esto lo dijo hacia 1548, en plena guerra civil, 15 años después de la ejecución de Atahualpa por manos del adelantado Francisco Pizarro, conquistador del Perú. Cieza era un joven de apenas 28 años de edad.

Pero en el vasto Tawantinsuyu no existía un único camino troncal, sino una importante red caminera que unía entre sí los más apartados rincones del imperio. Estos caminos mantenían lo más posible la línea recta, prefiriendo traslomar antes que rodear un obstáculo. Ello por cuanto los indígenas sudamericanos no conocieron la rueda y sólo utilizaron la llama como medio de transporte.

Sus puentes suspendidos, construidos con maromas de juncos gruesas hasta tres palmos, fueron descritos, censados y utilizados por los españoles, como también los caminos, donde a distancias regulares de una jornada

de marcha había tambos o tambillos con función de albergue y depósito. En nuestra provincia existen muchos de estos tambos: yo mismo a través de los años dibujé varios planos de casi todos los existentes en San Guillermo. Pero en San Juan no poseen los "hermosos aposentos y palacios de los señores" que nos dice Cieza, por cuanto aquí cumplían sólo funciones utilitarias.

Cada uno de dichos complejos pircados distaba del siguiente una jornada a pie (16 a 22 kilómetros según Cieza) avanzando al tranco cansino de las llamas. Pero en una zona desértica como la nuestra las jornadas debían adaptarse a la presencia de las aguadas.

Ahora bien, el tambo de Ullum debió cumplir una función puntual que a su tiempo relacionó con las minas de oro de Gualilán. Sabemos en efecto que los incas explotaban esas minas y que además extraían oro en el Valle del Cura y en sus zonas aledañas. Para extraer el oro se necesitaba mucha mano de obra, que los "orejones" (nobles incas) escogerían con toda probabilidad entre la población huarpe asentada en el valle de Ullum. Necesitaban asimismo una importante contribución en alimentos y manufacturas para el sustento de los mineros. Quizá hasta trasladaron hasta aquí un "mitimae" (contingente de indios) a fin de evitar una posible sublevación local.

Para corroborar parcialmente lo dicho, se hacía pues necesario demostrar la existencia entre Ullum y Gualilán de los familiares tambos ubicados a una jornada de marcha el uno del otro. Y para buscarlos había que rastrear primero las necesarias aguadas. Pero, ¿dónde encontrar al hombre que conociera palmo a palmo tan vasta zona?

El gaucho Nicolás Cabello

Dicen que preguntando se llega a Roma. De referencia en referencia, contando con la colaboración de nuestro excelente amigo Alberto Illanes (48), descubrimos al fin al hombre buscado, es decir al gaucho conocedor de las ásperas serranías ulluneras por haber vivido en-

tre ellas muchos años. Estoy nombrando al eximio baqueano don Nicolás Cabello, varón de recia estampa hernandiana, cuya fibra de duro montañés va pareja con los conocimientos que le han conferido sus probables noventa años.

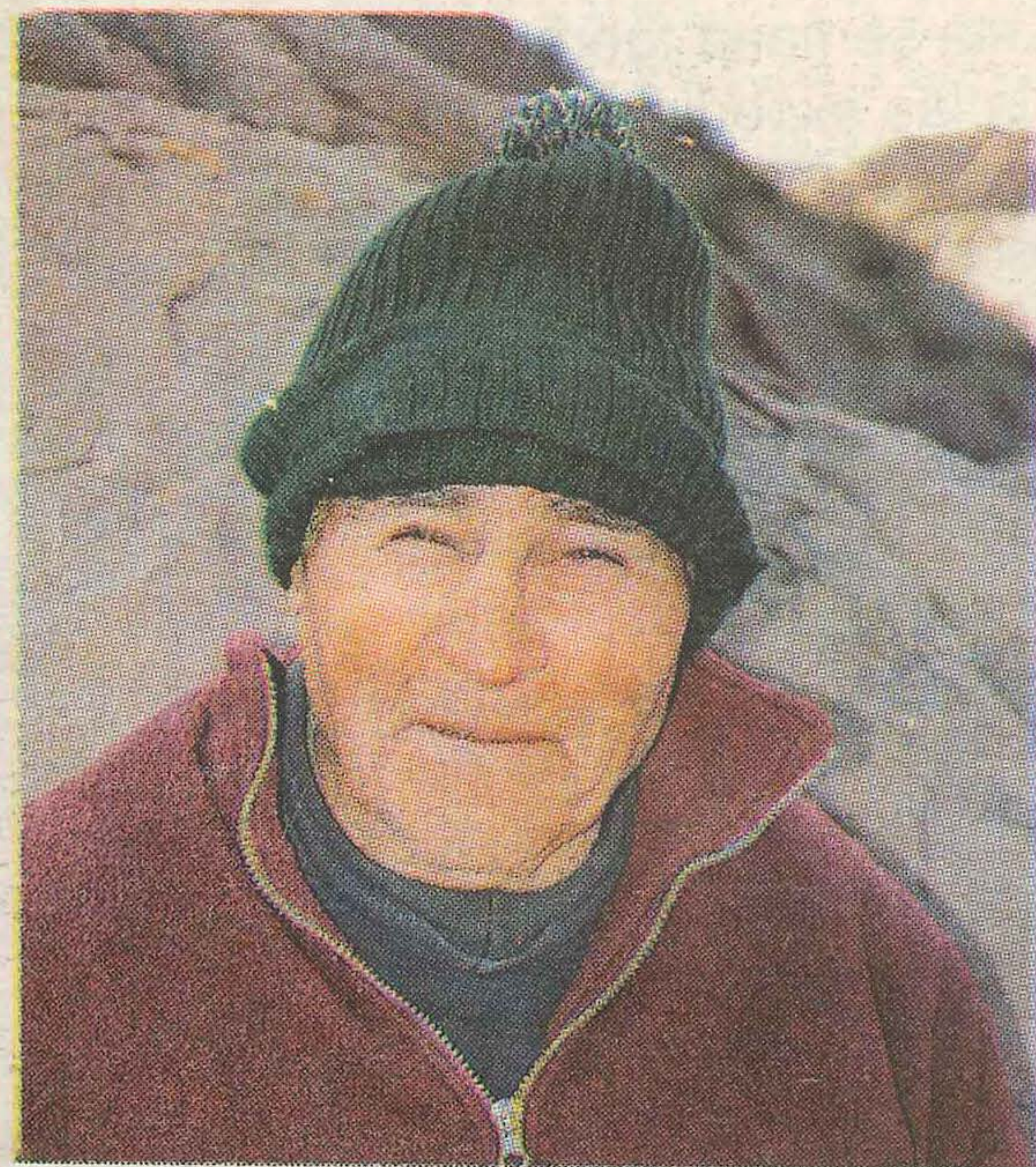
Don Nicolás, más conocido como el "Indio Cabello", es de estatura superior a la media, macizo, de facciones hispanas y nariz de boxeador, ancho de espaldas, fuerte aún como un toro, cuyas manazas de acero aprietan con inusitado vigor al saludar. En sus buenos tiempos sabía levantar con una sola mano, desde la posición de montado, una bolsa de harina de 50 kilos que él terciaba sobre el arzón de su fuerte mula sillera. Según mentas era también capaz de enlazar un toro bravo en toda la furia de la carrera, y voltearlo, inmovilizarlo, caparlo y descornarlo en contados minutos. Fue también arriero de las enormes novilladas que hasta mediados del siglo XX se conducían a Chile por los pasos cordilleranos de Iglesia (4).

Viajando sólo, con seis mulas de carga, contrabandé desde la preciada suela a las primeras prendas femeninas de nylon, y también hojas de afeitar, jabones perfumados, pañuelos finos, pisco, etcétera. Durante su último viaje los carabineros chilenos lo tirotearon por no hacer caso de las tres señales con banderilla roja que le hicieron. Nicolás a duras penas consiguió recuzar la "raya" y zafar así la persecución. Durante la huida sólo tuvo que lamentar un raspón de bala en la tuza de su mula sillera. Desde entonces, según cuenta, no regresó a Chile.

Hoy, a los noventa años de edad (86 según los papeles, pero él asevera recordar cuando su madre lo anotó en el registro civil), vive en Ullum. A este "Indio Cabello" pues fue a quien apalabramos para efectuar la travesía. Partimos el jueves 9 de junio último con seis caballos silleros y tres animales de carga. El día era apacible, tibio, brumoso. Los caballos, bien comidos, descansados, pedían rienda. Dos horas y media después ya estábamos en el

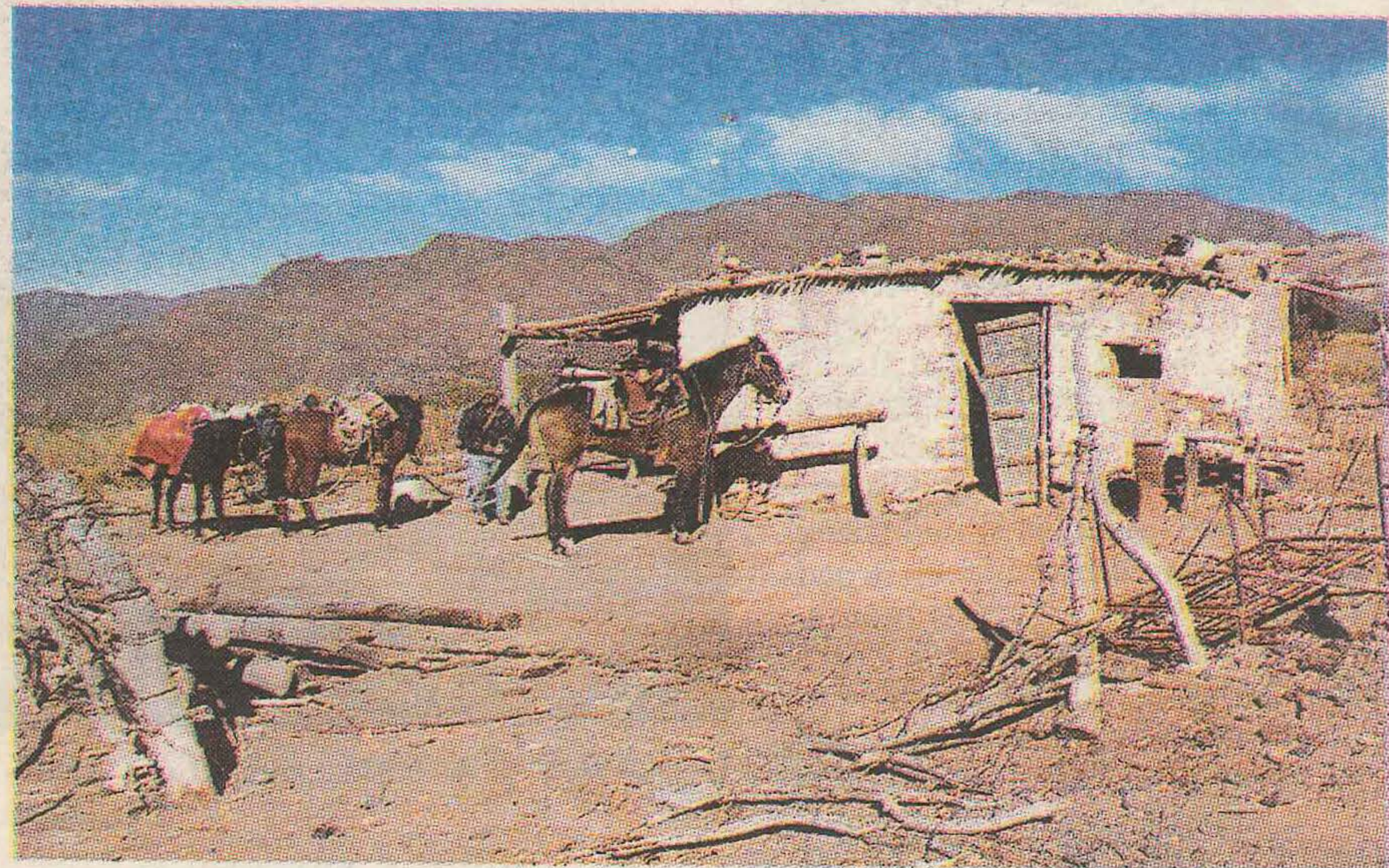


Tambo incaico de "La Deheza" (Ullum), conocido como "Las tolderías".



Nicolás Cabello (86), el baqueano que guió la travesía.

En busca del inca



Puesto abandonado de "El tambolar", a 2.260 msnm. Cerca mana un pequeño nacedero. Allí vivió Nicolás Cabello en su juventud.

"Agua de las Burras", donde mana una pequeña vertiente entre lozanos algarrobos. Ahí aflojamos las cinchas y comimos un bocado, para enseguida continuar viaje hasta las "Cabecezas del Agua", en cuyas inmediaciones, como ya dije, existen las ruinas de un tambo incaico.

Consta ese sitio de dos rectángulos pircados de 11x26 y 12x16 pasos de lado respectivamente, presentando el mayor cuatro divisiones internas. Otras cuatro pircas menores, de unos cuatro metros por lado, se encuentran al Oeste del recinto mayor. Todos los muros -muy derruidos- son de pirca, es decir construidos con piedras del lugar, y la altura de los mismos no pasa hoy los 80 centímetros; presentan un espesor homogéneo de 60-80 centímetros pudiéndose aún observar entre los sillares restos de argamasa de barro.

Una hora después, siempre marchando rumbo al Norte, alojamos quebrada abajo de un antiguo horno de cal, allí donde el arroyo de la Deheza se insume. Maneamos los caballos, juntamos leña, encendimos un robusto fuego, tendimos cama sobre el recado y pusimos la pava al fuego con una buena porción de carne sobre la parrilla. Luego, ¡a dormir todos!, porque el frío de la noche así lo aconsejaba. Aunque poco después llegó bramando "El Feroz" - como lo sabe llamar el viejo Cabello-, o sea el viento Zonda, con sus terribles ráfagas cargadas de arena y piedrecillas.

Dos nuevos tambillos

Desde el viejo horno de cal -que según Cabello funcionó hasta los años cincuenta- marchamos bordeando una baja corrida de roquedales colorados que asoman de Sur a Norte muchos kilómetros, sin apartarnos del lecho seco de una escorrentía estacional paralela a ese afloramiento rocoso. El paisaje es allí espléndido; el monte nativo vigoroso; los colores cálidos; el terreno casi plano. La amplitud de ese valle longitudinal varía entre los dos y los cinco kilómetros, mientras su extensión abarca hasta los campos de Talacasto, donde se con-

funde con la desolada travesía de Matagusanos.

A media tarde dimos con el viejo puesto abandonado llamado "Corral de los Algarrobos", donde aún se puede ver una cruz de hierro forjado clavada al tronco de un algarrobo centenario. Nos decía Cabello que esa cruz recuerda el cruento episodio acaecido hacia el año 1932, cuando un hombre de apellido Morales mató al propio hijo con un tiro de carabina. En ese mismo sitio mana un delgadísimo hilo de agua.

Por último, ya con el sol dentro, arribamos a un tambillo incaico ubicado a la vera de un exiguo manantial, cuyas aguas corren un corto trecho hasta insumirse unos doscientos metros a monte de las ruinas. El conjunto arqueológico aparece fagocitado por las jarillas y una tupida maraña de cactáceas. Trátase de uno de los clásicos R.P.C. ("Rectángulo Perimetral Compuesto", así definidos por el doctor Rodolfo Raffino), o sea un espacioso cuadrángulo delimitado por muros de pirca e interiormente subdividido en secciones o habitaciones. El conjunto mide unos 18x25 pasos cada lado; es sin duda incaico y no muestra signos de huaqueo (excavaciones de personas no calificadas). A semejanza del tambo de la Deheza, sus muros son de pirca, totalmente derruidos. En superficie observamos algunos pequeños trozos de cerámica utilitaria de difícil filiación, sin poder dibujar un plano de las ruinas a causa de lo avanzado de la tarde: sólo nos limitamos a fijar las coordenadas del lugar mediante GPS y a tomar una fotografía.

Don Nicolás nos señaló asimismo el lugar de otras ruinas llamadas "Tambillo de Abajo", ubicadas entre algarrobos a veinte minutos de marcha. Su presencia documenta el tránsito indígena hacia la aguada de Talacasto y desde allí hacia las minas de Gualilán, como era nuestro deseo demostrar:

Un esforzado final

El resto de nuestra travesía interesó la quebrada del Tambolar; el puesto homónimo

(2.200 msnm) donde mana una agüita a las cabecezas de una vega casi seca, el cruce de la sierra de la Cantera por el portezuelo de Covarrubia (2.850 msnm) y el posterior difícil descenso hasta los 2.330 metros sobre el mar; junto a un nacedero donde entre agostadas cortaderas sólo encontramos una mancha de barro infecto. Así pues no hubo esa noche agua para los caballos, debiendo nosotros mismos conformarnos con unos pocos mates.

Durante la dura jornada de ocho horas de marcha efectiva -sin un solo descanso- que demandó el cruce de aquella serranía, vimos una solitaria tropita de guanacos (ariscos por demás), escasos vacunos, algunos caballos, cuatro cóndores y un zorro colorado. El día siguiente descubrimos con asombro que trescientos metros quebrada abajo de nuestro alojamiento, existía una pequeña poza de agua escondida entre las cortaderas, que los caballos sedientos inexplicablemente no ventearon durante la noche.

El domingo 12 de junio cruzamos en sesgo la nueva ruta asfaltada que trepa por la quebrada de Las Burras, para desde allí bajar hasta el antiguo puesto Córdoba. Los campos hasta la ciénaga de Gualilán tienen una extensión de seis leguas, poco más o menos. Al poco andar descubrimos una vieja huella para carruajes que seguimos sir. novedad hasta la lejana ciénaga de Gualilán, donde brota un importante manantial de agua hipotermal (+22°). Esta última jornada no tiene casi historia: cansancio, calor, dolores de espalda y de... Monotonía.

Recién regresamos a San Juan con nuestros caballos y en un camión alquilado el lunes 13 de junio por la tarde, con frío viento Sur (el "Perlático", como lo llama Cabello) y con oscuras nieblas escondiendo a nuestra vista la larga travesía y las altas sierras que habíamos cruzado los días anteriores.

Para concluir

La presencia de un tambo y dos tambillos incaicos ubicados entre Ullum y Talacasto de-

muestra la existencia del trazado por esa zona de una huella indígena, hoy desaparecida, que unía Ullum con las minas de oro de Gualilán.

Los llamados "Tambillo de Arriba" y "Tambillo de Abajo" se encuentran a unos 25 kilómetros desde las termas de Talacasto pasando por la Ciénaga Redonda, es decir una jornada a pie para los indios. En Talacasto debieron existir pircas que tal vez fueron recicladas en la construcción de las casas allí existentes. Otras pircas y una aguada se observan en la quebrada de Las Burras, no muy lejos de la actual ruta N° 436 por el Colorado. La presencia indígena en la Ciénaga de Gualilán se demostró desde añeja data. Por último, tres leguas más al Norte están las conocidas minas de oro, con siete sitios arqueológicos ubicados en la Pampa de Gualilán, otro en Los Blanquitos y vestigios en la misma zona minera, conforme lo ha demostrado el Roberto Bárcena. De manera que la existencia del mentado camino se demuestra per se, esto es por los antecedentes enumerados. Falta aún ubicar la conexión de Gualilán con el tambo de Tocota, es decir con el camino principal que por allí pasaba y que unía Iglesia con Uspallata.

En cuanto a la segunda parte de nuestro itinerario, consistente en remontar la quebrada del Tambolar hasta el portezuelo de Covarrubia y el posterior descenso hasta los llanos de Gualilán, las evidencias actuales indican que no hubo por esa zona un posible camino indígena. Por consiguiente, hasta prueba contraria, el itinerario propuesto es el de Ullum, Talacasto, Gualilán.

1. "El tambo incaico de la Dehesa", DIARIO DE CUYO, domingo 29 de enero de 1984.

2. "XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina", Rosario, septiembre de 2001: "Aportes 2000/2001 al conocimiento de la dominación incaica del Centro Oeste Argentino". Trabajo editado en 2004.

3. Pedro Cieza de León: "La crónica del Perú", cap. XL, Lima, 1977.

4. Hugo Guillermo Bosque: "El último arreo a Chile". Publicación del autor.